

MI INFANCIA EN BURJASSOT: BERNARDO BALLESTER ORRICO

Enrique Ballester Gil y Luis Manuel Expósito Navarro

*Bernardo Ballester era tu nombre impetuoso
como un bastión de barro y de batallas,
y crecías cambiando tu condición de inválido
por alguna ignorancia o extravío de náufrago*

**(José Manuel Caballero Bonald:
"Hijo de las tinieblas",
Memorias de poco tiempo, 1956)**

Bernardo Ballester Orrico (1921-2016), pintor por vocación, fue un cineasta consagrado a quien podemos ver en los créditos de películas tan famosas como *Calabuch*, de Luis García Berlanga, en la que además de tener un pequeño papel como actor, fue ayudante de decoración y artífice de aquel célebre cohete. A la par, fue uno de los pioneros de Televisión Española, y sus decorados permanecen en el recuerdo o en numerosas cintas de celuloide, desde aquel primer programa inaugural el 26 de octubre de 1956 hasta los Estudio 1, pasando por el escenario del Festival de la Canción de Eurovisión de 1969.

Fruto de las conversaciones de Enrique Ballester Gil con su padre, Bernardo Ballester Orrico, nace este relato de la infancia del gran cineasta burjasotense fallecido hace un par de años (20 de mayo de 2016). El texto que sigue es una adaptación literaria de los propios recuerdos de Bernardo Ballester en sus primeros ocho años de vida. Su visión infantil nos muestra, entre otros aspectos, algunas pinceladas del Burjassot de los años 20.

Bernardo Ballester Orrico nació en 1921 en una casa de la Plaza de la Concordia de Burjassot. Su padre era José Ballester Muñoz, y su madre Filomena Orrico Lurbe. En sus memorias, dictadas poco antes de su fallecimiento, indica que su primer recuerdo, cuando contaba tres años, era el de una criada que tenía la cara quemada.

Pronto se trasladaría su familia a la gran casa familiar de los Muñoz, donde vivía doña Bernarda, hermana del Obispo Muñoz (Francisco Muñoz Izquierdo) y abuela de Bernardo. Aquella casa de la “acera ancha”, nombre popular del actual paseo de Concepción Arenal y por entonces llamado oficialmente “Avenida de Los Silos”, disponía de dos escaleras, una de ellas de caracol, exterior y de hierro, mientras que la interior era recta y oscura, y conducía a los lavaderos, situados más abajo, en la falda de ese montículo que finaliza en la calle Colón.

En 1926, cuando contaba cinco años, Bernardo comenzó a asistir al colegio de doña Adelaida, de quien recuerda que siempre iba peinada con un moño. De aquel

colegio rememora las ruedas de niños con banderitas, la dolorosa rotura de uno de sus antebrazos por la parte de la muñeca, así como los juegos con sus grandes amigos de la infancia: Pepe Vento, que luego se convertiría en un afamado pintor, y José Luis Almazán. Compartía con ellos juegos y también chicles, toda una novedad dulce para masticar.

Su primer contacto con la muerte le sobrevino en 1928, debido al fallecimiento de su amigo José Luis Almazán. Aquella imagen de su amigo, vestido de monaguillo y con los ojos cerrados como si estuviera dormido, nunca le abandonaría. El entierro, tampoco. Bernardo participó en aquel sepelio sujetando una cinta que pendía del coche fúnebre, de un blanco incólume que reflejaba toda la luz en un día de sol espléndido, camino del cementerio.



*Primera comunión de Bernardo Ballester Orrico.
Año 1929*

A la casa de la “acera ancha” acudían de visita muchos vecinos que eran veraneantes de Valencia que disponían de segunda residencia en aquella céntrica zona de Burjassot: entre otras, la familia Cialdini, descendientes del general italo-español Enrico Cialdini, primer duque de Gaeta, las niñas Conchita y María Luisa, tan guapísimas como distinguidas; la familia Cervellera, cuyo padre, Arturo Cervellera Castro, era el médico de Burjassot; el matrimonio Forcada y sus hijos María y Vicente...

En la casa contigua vivían los Vento, la familia de su gran amigo el pintor y muralista Pepe Vento Ruiz. Su tío, don José, poseía algo que les llamaba mucho la atención a los niños: un aparato de radio “con lámparas al aire” (válvulas). Se escuchaban las emisiones radiofónicas mediante unos aparatosos auriculares, que don José colocaba con cuidado a los niños en sus orejas. Pero ellos, además de escuchar música, oían muchos pitidos, sin duda al mover el dial.

Las señoras de la “acera ancha” se reunían en la explanada bajo los muros de los Silos, es decir, en el espacio comprendido entre dicha acera y el muro, en lo que hoy es el paseo. Cada una se sacaba su sillón, a veces de mimbre, otras de rejilla, y formaban un círculo en cuyo centro colocaban una mesita con las tazas de té, que tomaban muchas tardes de coloquio veraniego, a la fresca. Los domingos, Bernardo acudía con su familia, siempre de punto en blanco, a la preceptiva misa en la ermita de San Roque, situada en la explanada de los Silos, en el “Pati de Sant Roc”.



José Ballester Muñoz y Filomena Orrico Lurbe con sus hijos Pepe y Bernardo en la acera ancha- Año 1926

Cuando cambió de colegio en 1928, e ingresó a los siete años en el de El Salvador de la calle Mendizábal, en el que le impartía clases doña Maruja, conoció a José Luis, alias “Peliche”, el mayor de los tres hermanos de la familia teatral de los Ozores - Puchol. Iba a ser ese su primer contacto con gente del espectáculo. Además de cambiar de colegio,

Bernardo también cambió de casa. Su familia pasó a vivir con su tío abuelo, el obispo, aunque en casita aparte, situada más abajo, “después del jardín”, en la plaza del Doctor Gómez Ferrer, aunque con acceso desde la calle de José Carsí.

Su tío abuelo era obispo de Vich y Patriarca de las Indias, además de copríncipe de Andorra y muchos otros cargos que no recuerda. El doctor Francisco Muñoz Izquierdo era capellán del rey Alfonso XIII, y eso, para un niño de pocos años era un acontecimiento extraordinario.



Francisco Muñoz Izquierdo. Obispo de Vic

Aquella enorme casa del obispo era regentada por un mayordomo a quien Bernardo llamaba don Francisco. También vivía allí un familiar del obispo llamado “Mançanet”, que era catalán. Se refiere a Antoni Masanell, familiar que leía las cartas y documentos al obispo y quien fue su último mayordomo.

Pero la familia Muñoz era de origen campesino. Bernardo recuerda con cariño a un tío labrador. Se llamaba Ramón el de “la Lloca”, (“la Clueca” sería su equivalente en castellano), apodo de su madre y de toda la familia Muñoz, conocidos como “Llocos”. Su tío Ramón vendía granos. Algunas veces, Bernardo Ballester iba con sus padres y su hermano Pepe en carro a su huerta, situada en las afueras de Burjassot.

De su abuelo materno, ya fallecido por entonces, recuerda que era de origen napolitano: Orrico (Miguel Orrico Peix, avecindado en Burjassot en el siglo XIX). Y de su abuela, Filomena Lurbe, que vivía en la plaza del Pozo, a la entrada de Burjassot, casi frente a la iglesia de San Miguel, lo que mejor recuerda es que de su rostro resaltaba “una peca gorda con pelos”. Por Navidades, sus nietos tenían que besar aquel lunar si querían conseguir el aguinaldo: ¡un duro de plata!

De su tío abuelo, el obispo, lo que más le gustaba era el coche, un Hispano-Suiza de lujo, con su correspondiente chófer con gorra de plato. En aquel coche, acompañando al obispo Muñoz, Bernardo realizó varios viajes. Los que mejor recuerda son los que hicieron a la Vallesa de Mandor y a Alcira, aunque también “iba al campo a merendar con los amiguitos”, confiesa Bernardo en sus memorias.

En los veranos solía ir de excursión con su familia a la playa en el “trenet”. Desde la estación de Burjassot-Godella, llegaban en una hora a la playa, a veces Las Arenas, pero la que más les gustaba y solían ir era a la Malvarrosa, en concreto, a una parte llamada “la Filarmónica”. La madre, Filomena, llevaba la comida de casa: “clóchines” cocidas, “tomaca en pimentó y toñina” y “tortilla de creilles” formaban parte del menú playero habitual.

El padre de Bernardo Ballester trabajaba en el almacén de Hierros y Aceros Hijo de Miguel Mateu, situado en la calle Guillem de Castro de Valencia. El catalán Miguel Mateu i Pla había sido el inventor del coche Hispano-Suiza. Desde Burjassot, José Ballester acudía en tranvía todos los días a su trabajo. Por eso lo conocían muy bien los “tranviarios”. De hecho, en algún viaje que realizó Bernardo ya siendo un joven estudiante de Bellas Artes, aún recordaban a su padre. Le preguntaban sobre si era hijo de “Pepet”, porque así era conocido por todos su padre, uno de los asesinados durante la Guerra Civil y cuyo nombre fue uno de los veinticinco que se cincelaron en la lápida de “Caídos por Dios y por España” que durante décadas estuvo situada en la fachada de la Iglesia de San Miguel.

Aquel tranvía en el que Bernardo acudía a Valencia a la Escuela de Bellas Artes de San Carlos lo conoció eléctrico, ya con “trole” y catenaria. Antes los vagones eran arrastrados por caballos e iban sobre carriles, según le contaron, y en verano los tranvías



José Ballester Muñoz. Año 1912

llevaban unos vagones llamados “jardineras”. Estos, sin ventanillas, eran abiertos con cortinas de tela para proteger a los pasajeros del sol.

Bernardo también recuerda de su infancia, cómo no, cuando tomó la primera comunión. Fue en la ermita de San Roque y se la dio su tío abuelo, el obispo de Vich. Todos le decían que con ese acto se iba a producir un cambio, que sería “mayor”, pero recuerda que su sensación era que no se había producido el cambio que esperaba. Para celebrarlo, se preparó un convite en casa de su madrina, doña Carmen Sivilla, de la familia Altarriba, vecina y muy amiga. La familia Altarriba, oriunda de Cataluña, estaba compuesta por siete miembros. Según recuerda Bernardo: el padre era don Eduardo Altarriba; la madre, doña Carmen Sivilla (su madrina); los hijos, Eduardito, Fernando, Carlos y Carmencita, y la tía, doña Consuelo. Todos ellos vivían en la “casa de los Altarriba”, que era la primera de la calle de Mendizábal, esquina con la calle Fausto Hernández Casajuana, y tenía un pequeñito jardín con su gran buganvilla incendiada de brácteas rojas. Aquel jardín era un punto de encuentro lúdico de las familias de la zona. Allí se instalaban en dos pequeñas mesas los jugadores. Los hombres jugaban en una y las mujeres en otra. Ellos, al chamelo, que era un juego de dominó, o al tute, con baraja de cartas. Por su parte, las mujeres se empleaban a fondo con el “burro” o el “julepe”. Otro de los juegos que recuerda Bernardo era el misterioso “My-Schong”, al que jugaba con otros niños...



Filomena Orrico Lurbe. Año 1913

Bernardo también relata en sus memorias que su tío abuelo, el obispo Muñoz, padecía una grave enfermedad mental. Le llevaron a San Sebastián para que le viera el doctor Fernando Asuero, un médico que había alcanzado fama mundial debido a su tan revolucionaria como criticada novedosa terapia, la “asueroterapia”, y que también decía disponer de un nuevo procedimiento para curar la demencia. Asuero adquirió un gran

renombre en esa época. Curaba introduciendo un estilete a través de las fosas nasales. Tocaba con él el “trigémino”, nervio que se halla en la base craneal.

Pero la intervención que el doctor Asuero hizo al obispo Muñoz fue un fracaso total, hasta tal punto, según recuerda Bernardo, que se le incrementó el grado de locura, sobre la locura del obispo, Bernardo recuerda detalles tan desagradables que será mejor omitirlos en esta ocasión.

En 1928, debido a ese empeoramiento de la salud mental del Patriarca y a los notables inconvenientes para la convivencia familiar que conllevaba esa triste situación, la familia de Bernardo decidió marcharse a vivir a Valencia, en concreto, a una vivienda situada en la calle Serranos, número 9. La vivienda se hallaba en el cuarto piso y disponía balcón corrido a la calle. Con ellos también se marchó a vivir allí su tía Julia.

Y fue así como Bernardo abandonó su pueblo natal, Burjassot, a la edad de siete años. En Valencia hallaría nuevo colegio, nuevos amigos y la afición que le convertiría primero en pintor, más tarde en decorador, y luego en cineasta y en realizador. Su conocida carrera profesional le llevaría a trabajar a las órdenes de García Berlanga o de Rosellini, y, en los años cincuenta, a emprender la carrera televisiva de Televisión Española desde su mismo origen, empresa en la que alcanzaría sus más altas cotas profesionales. Pero eso es otra historia mucho más larga y tal vez más apasionante. De momento hemos de contentarnos con la de su infancia en Burjassot.



Bernarda Muñoz Izquierdo. Año 1896